

Prelados, no es otra cosa que vna humildad sumamente acrisolada: en cuya consecuencia, no llegará jamás à robustez perfecta de obediencia, y resignacion el espíritu, que no esté muy sano, y purgado de las hezes de la soberbia. Fuera de que como en todos los caminos de la Vida Religiosa andan siempre juntas la humildad, y la obediencia: no pudieron en este de San Diego dexar ambas de acompañarle: porque si la humildad solicitó este tránsito, no le executó sin obediencia: y si la obediencia se le mandó; executole con humildad. Solo avrá la diferencia; de que en el caso primero la humildad llevó tras sí la obediencia; y en el segundo, la obediencia fue delante de la humildad. De qualquiera manera, al fin, humilde, y obediente el Santo dexando la Custodia del Andalucía, pasó con gran consuelo de su espíritu à vivir à Castilla en el Cèlebre Santuario de Nuestra Señora de la Salzedá; donde exercitando Virtudes heroycas, dexó de sí las venerables memorias, que diré en el Capitulo que se sigue.

## CAPITULO X.

DE LA ELEVADISSIMA CONTEMPLACION, Extasis, Raptos, Devocion à Christo Crucificado; Batallas contra los Demonios; Penitencias, y Prodigios de S. Diego en el Convento de N. Señora de la Salzedá.

Colocado ya S. Diego en el lugar de paz, y habitacion de la mejor Sion MARIA Santissima, como en desierto, donde con silencio Mystico hasta las pasiones callan: podemos decir (segun la elevacion de vida, à que le levantó la Soberana Bondad) que se le dieron dos alas de Aguila grande, como à la otra Muger Mysterosa, para volar al mas interior

desierto del alma; ò à aquella soledad mental, en que Dios le hablaba al corazon; enseñandole la ciencia de los Santos, con la revelacion de los Divinos Mysterios. Aqui logrando la oportunidad del sitio, y la santidad del Convento, dormia sagrados sueños de Contemplacion Divina por largas horas, sin aver quien le despertase; por que su Amado tenia conjuradas con la gracia de la mortificacion à las pasiones, para que no lo hiziesen. Fuera de este silencio, que es el que sobre todo necesita el alma, para el sueño mystico de la Contemplacion, lograba tambien S. Diego aun el silencio material, que consiste en la privacion del trato de toda humana criatura: no solo de las del Siglo; sino hasta de las mismas del Convento. La causa de esto era porque en aquellos primitivos tiempos, en que se practicaban mucho entre los Religiosos que vivian los desiertos, los exercicios de la vida Heremitica: se daba licencia en la Salzedá à cinco de sus Moradores, para que habiéndose à tiempos en las grutas del Monte, cada vno separado del otro, se entregassen totalmente al ayuno, disciplina, oracion, y contemplacion, y demás exercicios de la vida solitaria. Y aviendo sido S. Diego señalado por la Obediencia por vno de estos cinco Religiosos Hermitaños, ò Anacoretas, eligió para Morada en lo mas profundo, y intrincado del Valle, vna gruta; que, por teatro de sus penitencias; y retrete de sus Divinas delicias; palestra de sus batallas con los Demonios: está oy muy frequentada de la devocion de los Fieles. En esta gruta, pues, ò cueva (que así la llaman) S. Diego, como Paxaro solitario, y Pelicano de soledad, alexado, no solo del comercio, sino hasta de las imagenes de las criaturas, volaba con insarguibles vuelos de espíritu à la altura del Criador; donde, al fin, descansando, como en su cen-

centro, era alimentado, y regalado por dias, y dias con la dulzura de aquel escondido maná, que se siente mejor, que se explica. Aqui comenzando à meditar, como Paloma gembunda, desde el valle de su conocimiento propio, las roturas de la piedra del desierto, herida de la vara de la Cruz; proseguía Phenix, levantando el vuelo al nido de la palma, para morir en ella sacrificio del amor, entre los incienso, y aromas de su adoracion; exhalados al rayo de la Divinidad; cuyo soberano fuego encendia el holocausto, dexando renovado su corazon en el espíritu, y vida de Christo.

De estas inmutaciones del Alma, resultaban en el cuerpo varios efectos maravillosos; que aunque muchos de ellos quedaron cerrados en el silencio del Santo con la llave de su humildad; otros descubria Dios con varias industrias de su sabiduria, para hazerle admirable en su Siervo. Unas vezes quedaba tan llamado al interior, que no pudiendo dexar de atender el alma à la voz del Amado, con todo el conato de su virtud, se hallaba negado al uso de los sentidos: de modo que, como otro Apostol despues de arrebatado à los Cielos, con los ojos abiertos nada veia; y no parecia, sino vna Estatua Sagrada, de aquellas, que sin movimiento de vida sensible, motivan el respeto de la piedad, en el animo de quien las atiende. Otras vezes el impetu del vuelo, que le arrebatava al abrazo fuerte de la Divinidad, se llevaba tras sí la pesadumbre del cuerpo; al modo que el vehemente espíritu del viento, levanta en alto vna ligera pluma. Otras, penetrado todo del Divino fuego, que arde, y no consume, perdía el cuerpo su natural gravedad, y participando la levedad del fuego, y las alas de sus llamas; volaba por los ayres.

La materia, empero, que en la fragua de la meditacion cebaba este fue-

go de Divino amor era la Pasion, y Muerte de Cruz de su enamorado Duçño. Era muy continua en S. Diego (dize Cetina) la meditacion, y Muerte del Salvador; y quando con atencion devota contemplaba, que el excelsivo amor, con que Dios amó al hombre, le avia trahido à tal estado, que por su amor vertiesse su sangre en tormentos tan atrozes, hasta dar el alma en vna Cruz: herido el Santo de las centellas de aquel Divino fuego, que ardia en el pecho de Christo, se abrasaba su alma en amor, de quien tanto le avia amado. Y à las vezes de puro enamorado solia perder los estrivos de los sentidos, y ageno de sí, todo se transformaba en su Redemptor; y quedando su cuerpo elado, frio, y sin pulsos, como si estuviere difunto; porque su alma se avia salido de donde animaba, y passado se à donde amaba, y à donde tenia puesta su aficion. Allí el Divino Espofo la recibia amorosamente, y como à Espofo querida la metia en el retrete de su sagrado pecho; abrasado en nuestro amor: allí le hazia mil favores; allí le revelaba sus secretos: allí le ordenaba la caridad; para que allí dependiesse à amarle sobre todas las cosas, y al próximo por su amor. Hasta aqui Cetina.

De esta transformacion del alma de S. Diego en Christo Crucificado, era consecuencia precisa la transformacion del cuerpo, por medio de la Cruz, ò mortificacion penal: porque el amor vehemente; ò dexará de ser fino; ò no sufrirá diferencia, que pueda reducirse à vnion entre los Amantes. De aqui es, que en viendose dos amigos, verdaderamente finos; en el encuentro de los ojos palpitan los corazones; y esforzandose cada vno quanto puede, para reciprocarse en el otro, se embian por interpretres de sus mutuos afectos las interrumpidas

vozes à la lengua; los ardientes espiritus al semblante; las dulzes lagrimas à los ojos; la suave rifa à la boca: y estrechados, allin, en amorosos abrazos pecho con pecho, y corazon con corazon, no quieren parecer mas que vn cuerpo solo; así como son vn solo espíritu. Esta, que es la fuerza del amor puro en la amistad verdadera, reynaba mas poderosamente en el amor de S. Diego à Christo Crucificado. De aqui nacia, que para dar el lleno à la transformación del espíritu, y satisfacer à lo que le pedia la fuerza de su amor, traia perpetuamente en su cuerpo la mortificación de Jesus; con rigurosas disciplinas de sangre; cilicios asperos, extremados ayunos; y perpetuas vigili-  
as. Y aunque en todo tiempo estos rigores calificaban su amor al Crucificado; testificando siempre, que solo Christo, y su Cruz, eran la gloria, y el logro de sus ansias: todavia en estos tiempos de retiro se dexaba entender esta verdad con mas evidencia; por lo grandemente que su fervor aumentaba todos los exercicios penales. Sus ayunos entonces eran a pan, y agua en cantidad escassissima; sus disciplinas, de todo el cuerpo, repetidas al dia con frecuencia; su silencio, mas cruel que el ordinario; su lecho, el duro suelo; su sueño, casi ninguno.

En apoyo de esto comunmente pintan à S. Diego con la Cruz en vnà mano, y el Rosario en otra: porque su continuo, y mas frequente exercicio, fue la Oracion, y la mortificación; la Oracion, repassando los Mysterios de la Vida, Pasion, y Muerte de Christo, por el hermoso circulo del Rosario; y la mortificación, calificando lo que meditaba, con lo que padecia, por el inseparable, y estrechissimo abrazo de la Santissima Cruz. Fuera de esta razon, que debe ser la principal, para pintar à S. Diego con Rosario, y Cruz (dize su piadoso

Historiador Cetina) se me ha ofrecido à mi otra, que acabo para los devotos no será de menos gusto, que la pasada. Fue S. Diego Martyr, como arriba queda dicho: pero suelo, no solamente por aver deseado verter su sangre por la confesion de la Fè; y aver puesto medios para conseguir esta Corona: sino porque la vida del perfecto Religioso es vn martyrio prolongado; como lo probamos con la autoridad de muchos Autores Sagrados, que así lo afirman. Y si bien lo miramos con dos cosas principales, entre otras, martyrizò San Diego su carne. Una fue, la continua Oracion, en que se ocupaba; y la otra, la perpetua compasion; y sentimiento de ver à su Dios muerto en vna Cruz por su amor; que le era ocasion de andar siempre hecho vn retablo de duelos, bañado en sus propias lagrimas, y en perpetuo sentimiento. Pues si acoslumbra la Iglesia pintar los Martyres con las insignias de sus martyrios: à San Pablo, con la espada, que le derribò de los ombros la cabeza; à S. Lorenzo, con las Parrillas, en que le asaron; à S. Sebastian con las Saetas; à Santa Catalina, con la Rueda de Navajas; y así de los demás: pinten à S. Diego con el Rosario, y la Cruz; pues estos fueron los instrumentos, que dieron al Santo vn Martyrio de por vida. Hasta aqui la piedad de este devoto Historiador.

Pero al passo que S. Diego en el retiro de su Cueva, mas; y mas se disponia à los ilapsos de la Divinidad en su alma, por el exercicio de altissima contemplacion; y à la transformacion en Christo Crucificado, por la participacion de la Cruz en su cuerpo, à rigurosos golpes de penitencias; el Dragon antiguo; llena la cabeza de precipacion, y de rencor el corazon, à remordimientos de la envidia: le hazia mas

mas cruda la guerra. Pasion, ò pensacion casi inseparable de la vida solitaria: sea, porque al Demonio, como à cobarde infame, le subministra ofladia la soledad del competidor; ò sea, porque así lo dispone la Providencia Divina, para que las almas, que viven en Comunidad, acaben de desengañarse, que no ay lugar tan apartado de la vida Comun, à quien este Leon rugiente no ponga cerco; rodeando por todas partes, y à todas horas con bueltas, y rebueltas de mil infernales ardid-  
es, para lograr entrada en el alma. Resistiale nuestro Santo con las armas de la milicia Christiana: y reconociendo el maldito, à pesar de su soberbia, que sus fuerzas solas no bastaban à desmoronar en vn apice aquella Torre de fortaleza; à la qual con mil escudos de virtudes, y con todas las armas de los fuertes, tenia tan guarnecida la gracia: llamo en su auxilio, no solo à otros siete infernales espiritus, mas iniquos que el; sino legiones innumerables de ellos, para que conspirando todos contra el humilde Siervo de Dios, à continua bateria de sugestiones, le derribasen en el pecado. Eran las batallas tan porfiadas de parte de los Demonios, y la resistencia, tan invicta de parte del Santo; que muchas vezes oyeron los Religiosos el estruendoso estrepito de la pelea, y los desesperados aullidos, con que toda aquella maldita canalla, al desamparar el puesto con ignominia, confessaban, y publicaban por San Diego la Victoria.

No individua la leyenda antigua las sugestiones, con que el Demonio combatiò la fortaleza del Santo: pero hallandose este à la fazon en la soledad, entregado todo à los exercicios de la oracion, y ayuno; en imitacion del que hizo en el desierto el Divino Maestro de la Vida: creible se haze, sin mucha violencia, que las tentaciones del Discipulo fuesen entonces de la

especie misma, que lo fueron las del Maestro. Hazese tambien creible; que los Angeles, para quienes eran expectaculo glorioso estas Victorias, se las cantasen al Santo diziendo con la voz de las admiraciones: Quien es este fuerte, y poderoso en las batallas, que levantandose invicto del valle profundo de su humildad, sube del desierto cargado de despojos, coronado de victorias; y tan abundante de virtudes, que formà de ellas esquadrones bien ordenados; si hermosos para los ojos de Dios; terribles, para las legiones infernales!

Tampoco nos dizen especificamente los Historiadores, con que actos de virtudes hizo San Diego la resistencia, y alcanzò la Victoria en estas batallas. Y aunque no debemos dudar, que ilustrado de la luz Divina, opondria à las tentaciones los actos de las virtudes contrarias; desbaratando à la infidelidad con la Fè; à la desesperacion, con la Esperanza; al odio, con la Caridad; y así, respectivamente, à la bateria de los demas vicios con los actos de sus opuestas virtudes: todavia; yo me atreverè à pensar, que se debió particularmente este triunfo à la meditacion, ò pensamientos Divinos de la Pasion, y Muerte de Christo nuestro Redemptor, à que S. Diego en aquella soledad estaba tan entregado. De Nisso dixeron Historias profanas, que no podia ser vencido de sus enemigos, mientras tenia la purpura en los cabellos: pero mas cierto es que el Justo nunca será vencido de el Demonio, mientras en sus pensamientos (que son los cabellos del alma) se halle la sangre de la Purpura del Rey N. Redemptor Jesu Christo. Meditaba San Diego frequentemente el grande precio de esta Divina Purpura, con que fue redimida su alma: pues como avia de hazer aprecio de los ofrecimientos, que tiraban à perderla? Ponderaba; sin ces-

cessar el inestimable beneficio, de aver vn Dios derramado su sangre, para libertarle de la tyrania del infernal enemigo: pues como avia de hazer vn mal tan grande, como rebelarse contra su Duceño! No dexaba de sus manos la Cruz, ni el Rosario, con que en lengua, y corazon meditaba, y recitaba sus Mysterios: pues con tales armas como avia de quedar vencido? Como no avia de salir vencedor?

Aora permitase à mi piedad, que con la ocasion de este triunfo de San Diego, señale nueva razon al estylo de pintarle con Cruz, y Rosario; considerando estos Instrumentos, no solo como insignias del Martyrio, que pensò la devocion de Cetina; sino, como blasones de sus mas gloriosas victorias. San Diego, pues, armado con Cruz, y Rosario contra el Demonio figurafeme vn humilde David; armado con baculo, y honda contra el Gigante. Que fue la soberbia del Demonio contra la humildad de San Diego; sino vn Gigante contra vn David? Y que fueron baculo, y honda en manos de David; sino Cruz, y Rosario en manos de San Diego? Prevaleciò David en el tiro de su honda, sin soltar el baculo contra el Gigante; aviendo tomado del arroyo cinco limpißimas piedras: y prevaleciò San Diego en Cruz, y Rosario contra el Demonio; aviendo tomado del arroyo de sangre de la Pasion las cinco piedras, tan limpias, como preciosas, de las cinco Llagas. Rebolviò la honda; y disparando su tiro, logròle todo en la frente de aquel sobervio; con efecto tan feliz, que etremecidas las huestes al golpe de su Cabeza, desampararon el campo. Rebolviò San Diego con la meditacion de los Mysterios de la Cruz, y Redempcion santissima, la honda sagrada del Rosario; y disparando el tiro à la soberbia frente del infernal Filisteo: diò en tierra con toda su presuncion, y puso en vergonzosa su-

ga à toda la innumerable canalla, que le seguia.

Pero passando mas adelante la gloria de nuestro Santo; no solo entonces triunfò; sino que hasta oy està peleando, y venciendo con estas mismas armas de Cruz, y Rosario. Entonces peleò contra la Cabeza del Exercito: oy pelea contra el Cuerpo de el. Entonces peleò para si à favor de su alma, venciendo al Demonio: oy pelea, para la Fè, y santas costumbres, à favor de la Iglesia, poniendo en confusion à las Heregias. Son los Hereges Partidarios infames de las huestes del Demonio, que sirven à sueldo debaxo de su bandera, forjando de los yerros de sus errores las negras armas, con que combaten à las verdades, y costumbres Catholicas. Asì lo ven nuestros tiempos, y asì lo lloran en la secta execranda de Molinos: entre cuyos ya condenados errores vno militaba contra la Cruz, y otro, contra el Rosario. El primero quitaba de las manos à las almas perfectas la Cruz de las penales mortificaciones: El segundo, les despojaba del Rosario de las Oraciones Vocales. El primero, les ataba las manos, para la imitacion de Christo en la mortificacion del Cuerpo: El segundo, les cerraba la boca, para la invocacion, y alabanza de Dios, de su Madre, y de los Santos. El primero dezia, que la Cruz de la mortificacion penal era, para las almas perfectas, infructuosa; y el segundo, que el uso de la Oracion Vocal, les era imposible. Pues quien no ve aora, como San Diego con su Cruz, y Rosario en las manos està perpetuamente desbaratando estos dos tan execrables, y escandalosos errores? Con la Cruz afirma la vtilidad de la mortificacion penal: Con el Rosario, confirma la posibilidad, y el uso de la Oracion Vocal. Con la Cruz, nos alienta al amor, y à la imitacion de Christo Crucificado: con el Rosario, nos provoca à hazer

Ora-

oracion, implorando en ella el auxilio de Dios, y su Madre Purissima. Con la Cruz, nos enseña el camino del Cielo: con el Rosario, nos lleva por el, asegurando, y distinguiendo los passos. Con la Cruz, nos instruye en lo que debemos creer, y obrar: con el Rosario, en lo que debemos esperar, y pedir. Pintese, pues, San Diego con Rosario, y Cruz, para que sea conocido de todos; no solo como Exem-lar, y Martyr de la Oracion, y Mortificacion; sino tambien, como Triunfador del Demonio, y de los Hereges: de aquel, venciendo en el combate, que con la bateria de las tentaciones diò à su alma: y de estos, convenciendolos en el conflicto, que con las perniciosas maquinas de sus ardiles dan à la Iglesia.

Quando, cumplido el termino de su retiro, ò vida solitaria, bolvia San Diego à la Comunidad; baxando de la altura de la contemplacion, à la llanura de la accion; eran sus operaciones, y vnos como rayos de aquella luz indeficiente; que del consorcio de la Divinidad avia participado. Y como esta Divina luz, quanto levanta al alma en el conocimiento de la grandeza de Dios, tanto la profunda en el concepto de su propia nada; creciendo el desprecio de si, à proporcion de la estimacion de Dios: hazia que S. Diego se reputasse por el mas vil, y despreciable; no solo respeto de los exemplares Varones de aquel escogido Santuario: sino aun de los mayores peccadores, que habitaban los tabernaculos del mundo. Naciale de aqui vna firmissima aprehension, tan verdadera como sencilla; de que, como menos perfecto que los demas, debia estudiar en las operaciones de los otros la perfecta practica de las virtudes. Con esta persuasion andaba hecho vn argos, notando en cada vno todo lo particular, en que replandecia para copiarlo en si mismo por la imitacion. En

Parte VI.

vnos estudiaba el silencio: en otros, la paciencia; en este, la humildad; en aquel la pobreza; y asì de las demas virtudes: de modo que de todos (dize vn Historiador suyo) le parecia que tenia que deprender; siendo asì, que como tan exercitado en la virtud, pudiera leer. Cordera de ella. A todos preguntaba, y daba à entender, que de todos aprehendia; à todos servia, y con todos se mostraba tan oficioso, que de todos era amado, y querido. No parece sino que de S. Diego, como de Original, sacò Hugo Victorino la Pintura, que hizo del Religioso amable, quando dixo: *En vna Comunidad, aquel se havà para todos amable, que sirviendo à todos, sin gravamen de ninguno, se muestra para con Dios, devoto; para con el proximo, benigno; cuyadofo para la Casa; y venido para el Prelado; y sociable con el companero.*

El oficio particular, en que despues de sus asistencias de Comunidad, se ocupò en este Santo Convento de la Salzeda, fue el de Hortelano, en cuyo empleo le sucedieron dos cosas memorables; y prodigiosas ambas. Vna fue, que como le comiesen la hortaliza los conejos de aquellos Montes; por no estar cercada la Huerta; en comenzando à reñirlos, quando los cogia en el Huerto arredrados à su voz (mas por reverencia de extraordinario instinto, que por timidez natural) se le quedaban postrados. Cogialos el Siervo de Dios, y con sencillez candidissima, despues de averlos refido, por el destroz, que hazian en sus plantecles; los escarmentaba, dandoles con la cuerda vnos ligeros azotes. Y aviendo experimentado ser esta diligencia bastante para la enmienda; rogaba, lleno de compasion, à los Cazadores, que no matassen aquellos animalitos. Si tal vez le respondian por gracia, que los mataban; porque tuviesse la hortaliza aquellos enemigos menos: replicaba con simplicidad santissima: *No, por Dios,*

Gg

no

no los maten por estos, pues solo con averlas azotado yo, se les conoce la enmienda. La otra cosa memorable fue; que necesitado la Huerta, para su riego, de mas agua que la que tenia, hizo brotar vna fuente milagrosa, en la misma parte, que oy se conserva, con el nombre de Fuente de S. Diego; cuyas aguas han sido, y son perenne manantial de salud para los enfermos, que las beben con fee.

Para exornacion de vno, y otro, prodigio me ha parecido copiar aqui la Descripcion, que de la Cueva, donde el Santo habitò, y del parage, en que sucedieron ambas cosas, haze el Illustris. Mendoza, en su Historia de MonteCœlia. Aqui se ofrecen à la vista (dize, aviendo explicado aquellas palabras de David: *No venga à mi el pie de la sober-* via) los pies, con que subió S. Diego al Cielo por este camino santo; pies de humildad, que levantando assegu-

Lib. 3. 23.

ran, y à nadie derriban: mostrando al mismo tiempo en la Cueva, donde en esta tierra vivió, la mesa puesta de virtudes, y asperezas; en cuyos pos-

Esta es Cueva, en que humilde, y Soberano  
El Menor de Castilla, y Mayor Diego  
Vsò el duro hazadon, y blando riego,  
De virtudes, y plantas Hortelano.  
Donde en dulce castigo, de su mano  
El timido animal, no sin sosiego,  
Recibió correccion; de que hizo juego,  
Viendo al Santo Divino, tan humano.  
Buelve al Monte el Conejo; y en la Huerta,  
Conocida yà de èl por lugar Sacro,  
Ni à la hortaliza, ni à su Dueño ofende:  
O tu, que llegas à esta santa puerta,  
Humillate al Devoto Simulacro,  
Y de los brutos à enmendarte aprende.

Esta-

tres, se vieron maravillas, y milagros; que quando el principio es humildad, la vianda son virtudes, y los pos-

tres, successos prodigiosos. Està este venturoso sitio adornado de chopos, y en èl, la Cueva, en que asistia el Santo; teniendo à las espaldas el Monte de las Olivas; à la vista, el de las Encinas; y en medio, el Valle del Infierno, que diximos; sobre que se cultivò la Huerta, de que aquellas manos santissimas fueron Agricultoras. Aqui fue tambien, donde los animales humildes, y Conejuelos del Monte, reconocieron su castigo, enmendando los daños, que causaban en la Huerta; y aqui finalmente, donde para su fertilidad, y sustento de los Religiosos; à instancia suya, brotò la tierra, abundante copia de agua en vna fuente. A cuyos successos (prosigue el mismo Mendoza) pretendió vn devoto, no faltasse la memoria, advirtiendolo todo en estos Versos. Ponelos alli, y son vn Soneto, que por tener voces obscuras, y clausulas quebradas de la antigüedad, he procurado repararles; y dize así.

Estaban escritos estos Versos en la puerta de la Hermita antigua, que se fabricò en reverencia del Santo, junto à la referida Cueva, en que hizo penitencia; y dentro de la misma Hermita, se leia en alabanza de aquel

devoto, y venturoso sitio, vn Epigramma latino; que, por lo dilatado, casi dexaba de serlo: del qual ofrezco à la curiosidad piadosa, los siguientes Disticos.

*Quos Campi nitidos pariunt tibi tempore flores,  
Hos Salceda tuos gemmifer Hortus habet.  
Hortulus hic Didaci plantatus, & arva ligone  
Vernantes gemmas obtulit ille Deo.  
Quippe suo terram fodiensque bidente salebram,  
Transtulit in Cælum lilia clara Dei.  
Hic simplex orat Sanctus sub rupe cavata,  
Ad Cælum attollens atque animum, atque oculos.  
Christi Amor Æternos peperit sibi laudis honores,  
Atque ad superos transtulit inde polos.*

Mostrabanse en Samo con veneracion los vestigios de la solitaria Casilla de Pitagoras; donde, en frequentes contemplaciones de la naturaleza, estudiaba aquellos doctos silencios, que enseñaba despues à sus Discipulos: y tambien fuera de los Muros de Atenas se visitaba religiosamente la obscura Cueva de Epicuro; cuyo claro nombre la diò esplendor de mejores luzes. Con mas razon (quanto excede à lo Ethnico lo Christiano) el Illustrissimo Mendoza levantando Hermita, y Altar junto à la Cueva de San Diego, exornados vno, y otro con Versos, que acordassen los estudios de su virtud en aquel sitio; procurò eternizar su memoria, para el Culto, y la imitacion. Pero el tiempo, à cuya fuerza cede todo lo que no es eterno; aviendo casi arruinado la Hermita, borrò vnos, y otros Versos, Latinos, y Castellanos, dexandolos sepultados entre las ruinas; sin embargo de que la Hermita se reparò despues. Bastaba à las referidas

Parte VI.

Poesias ser Letras, para no ser reparadas: y sobrabales llamarle Versos, para que la estimacion vulgar no los juzgasse materia de edificacion. Yo, empero, que ni puedo encubrir la aficion al Metro, ni el amor à las Letras; he tenido por conveniente, dexar escritos en esta Chronica, contra las desatenciones del olvido, y para alabanza de nuestro Santo, aquellos mismos Versos, que el Illustrissimo Mendoza, igualmente devoto, y discreto, reputò por dignos de copiarse en su Historia, para fomento de la piedad Christiana.



Gg 2

GA:

## CAPITULO XL

*PASSA SAN DIEGO DEL DESIERTO de la Salzeda al Convento de Santa Maria de Jesus de Alcalá; donde de su Ilustrissimo Fundador el señor Arçobispo Carrillo, fue recibido, y arrañado con inaudita estimacion.*

Grandemente desatinan los mayores, y más antiguos Filósofos, cerca de la Felicidad humana, quando la difinen; y no desatinan menos los Catholicos, quando la buscan. Que aquellos, empero, yerren, al definirla; mas es digno de lastima, que de admiracion; porque, al fin, toda su ciencia, sin la sabiduria de Christo, es ignorancia; toda su luz, tinieblas. Pero que los Catholicos, ilustrados ya con el lumbré de la Fè, yerren tanto, y aún más que los Gentiles, al buscar la Felicidad, á que con desmedidas ansias anhelan; desatino es tan fuera del pensamiento, y de la razon, que ella misma, quando lo considera, irritada sagradamente, se admira, y se enoja. Crece el enojo, y la admiracion con la circunstancia, de que pudiendo llegar todos á la posesion de su Felicidad, colócanse en la Region altissima de los dichosos, con la mano que les dá la Gracia: son poquísimos, los que no quedan arrojados, y aherrojados en el miserable abyfmo de los infelizes. De este desatino es la causa (y seame licito detenerme vn poco á descubrirla, para enseñanza nuestra) que como los mas, ó casi todos buscan la Felicidad, vendados los ojos del alma con los obscuros velos de las pasiones, ninguno atina con el Trono, donde se sienta. Buscanla vnos, como los sensuales, en el logro de los deleytes; otros, como los avarientos, en la posesion de las riquezas; otros, como los ambiciosos, en el honor de las dignidades; y

ninguno de estos la encuentra; porque ni en las dignidades, ni en las riquezas, ni en los deleytes, se halla la Felicidad. Así lo enseñan los que así ciegos en busca de ella, viendo dado mil bueltas en la pesada rueda de sus apetitos, solo hallaron el defengano, de que la Felicidad, ni está en aquellos deleytes, que tienen por remate las miserables desventuras del Pródigo; ni en aquellas riquezas, que pertenecen con las violentas desgracias de Job; ni en aquellas honras, que se envilecen con las impensadas ignominias de Aman: Sujetos, á quienes hizieron eco en las Historias humanas, Dionisio el de Siracusa, desgraciado con su Corona; Craso, desventurado con sus riquezas, y Tiberio, infeliz con sus deleytes.

Otros, como los solitarios voluntarios (con error tanto mas disimulado, quanto suena mas á Espiritu) colocan su felicidad en el contento de la vida solitaria; siguiendo en este dictamen al Oráculo de Delfos, que calificó al rustico Aglao por el más feliz de los mortales. Era Aglao (si hemos de dar credito á Plinio) vn Agreste, tan solitario, que por averle criado sus Padres hasta la edad adulta en la soledad, de donde, muertos ellos, él jamás salió; no conocia en el mundo mas hombre, que á si solo. A ésta causa, hallandose privado de todo humano comercio, ni podia injuriar, ni ser injuriado: Tenia bastante para passar la vida, en lo poco que le daba el cultivo de aquella tierra; y no deseaba mas: con que como ni sus deseos le atormentaban por dentro, ni las injurias ajenas le molestaban por afuera; fue graduado en el juyzio del Oráculo, por hombre felicissimo. Mas, en la verdad, la sentencia fue tan falsa, como el Oráculo; porque la felicidad de aquella paz, no era paz de felicidad. Como puede ser felicidad vn bien, cuya consistencia no pende del mismo que la goza? Como será

dicha, la que solo dura, mientras no se acuerdan de deshazerla las contingencias del acaso, ó el antojo de vn Poderoso? Quanto huviera permanecido en Aglao el contento de su soledad, si vn Principe Rogerio huviera encaminado por ella las batidas de su caza; como las encaminó por el desierto del otro Anacoreta? No le basta, pues, á Aglao, para ser feliz, el contento, y satisfaccion de su vida solitaria, mientras no guarnece, y asegura su soledad con murallas de tal firmeza, que sean incontrastables á los asaltos de todo acaso; á los combates de todo tiempo, y á los esfuerzos mas superiores de todo humano poder.

Esto, empero, que no supo hazer Aglao, para ser en la vida solitaria perfectamente feliz; hizolo S. Diego en el Desierto de N. Señora de la Salzeda, ilustrado de mas alta, y mas solida Filosofía. Edificó para si, como Dueño del Reyno de su alma, vna soledad tan interior, que no pudieron tocar en ella, para contraftarla; no solo los poderes del tiempo; ni las fuerças de el acaso; pero ni las fuerças de los Principes mas Poderosos. Esta fue aquella soledad, que los justos hazen en el vacio del alma con el desembarazo de pasiones, y desasistimientos de toda aficion á criaturas, por mas de espíritu que sean, para dar asiento firme á la mas verdadera felicidad; que consiste en la paz del espíritu, por el total rendimiento de la voluntad humana, á la Divina. Este es el Reyno de Dios, que está dentro de nosotros; cuyo gozo nadie nos le quitará, mientras la misma voluntad, abriendo las puertas del alma á los ladrones de afectos criados, no quiera que se le roben. Este es el desierto, que los Santos se llevan siempre consigo á qualquiera parte que vayan; y donde, á imitacion del Profeta Rey, saben estar á solas aun entre muchos. En esta soledad colocó

su felicidad S. Diego; poniendo, no el corazon en la soledad, como los voluntariosos; sino la soledad en el corazon, como los desasidos. Por esta razón, quando para traerle al Convento de Alcalá, le sacaron del santo Desierto de la Salzeda, quedó inmóvil en su misma mudanza; inalterable, en su misma alteracion; solitario en la muchedumbre; y verdaderamente feliz, en el constante gozo de su mejor soledad. La causa de su mudanza, fue la que yá refero.

Concluida la Fabrica material del Convento de Santa Maria de Jesus, año de mil quatrocientos y cinquenta y seis; su Ilustrissimo Fundador, el señor Don Alonso Carrillo y Acuña, Arçobispo de Toledo; prosiguiendo en los designios de levantar en aquel su Convento vn nuevo Emporio de virtudes, y letras, para desberrar los errores, y siniestras costumbres, que del comercio con los tolerados Judios se avian pegado á los Fieles; como adelante dire con mas extension obtuvo amplia facultad (ó del Pontifice, como quieren vnos; ó del General de la Orden, como quieren otros) para llevar por Fundadores de su Convento, todos aquellos Religiosos, que en qualquiera de las Provincias de nuestra Regular Obsequancia, fueren mas insignes en santidad, y sabiduria. Y como la fama de las virtudes, y milagros de S. Diego avia yá, no solo corrido por toda España, sino aun volado mas allá de sus confines; usando el Arçobispo de la autoridad, que tenia, le sacó de la Salzeda, con otros onze santissimos Religiosos del mismo Convento; y á todos les mandó por Obediencia, que morassen en su nuevo Monasterio de Santa Maria de Jesus de Alcalá. Estos fueron los doze Mysticos Fundamentos de la nueva Espiritual Jerusalem de aquella Santa Casa: sobre los quales se levantó tan solida la Fabrica de su virtud exemplarissima, que hasta oy no

se ha reconocido en ella, no solo ruina; pero ni quiebra; como lo testifica la admiracion de los ojos, aun en lo material de sus mismas paredes; y yo le haré mas notorio, en tratando de proposito de la santidad de este célebre; y gravísimo Convento.

Pero porque entre los doze Fundamentos referidos, era S. Diego (para la estimacion del Ilustrísimo Arzobispo) la piedra escogida, probada, preciosa, y fundada sobre el fundamento de vna humildad solidísima: desde luego se le declaró por su singular apasionado; con tan estrañas demostraciones de devocion, que se le adearon à culto. Consultabale en sus dudas, como à Celestial Oraculo; buscabale en sus aprietos, como à Soberano Asilo; invocabale en sus aflicciones, como à seguro Abogado, y especial Privado con Dios. En consecuencia de esto, hasta los pensamientos le adivinaba, para darle gusto. Hicieron al Santo Hortelano del Convento, luego que llegó à él: y el piadoso Prelado, rezelando no echasse menos el Siervo de Dios las Hermitas del Montefanto de la Salzeda, para vacar à la contemplacion, y exercicios devotos, à que estaba acostumbrado; le fabricò, à este mismo fin, vna Hermita en la Huerta; y es la Hermita de nuestra Señora, que oy se venera en el Huerto, que llaman de S. Diego. Mas aun no satisfecha la piedad del Arzobispo con tales demostraciones; para que à la posteridad quedasse vn vivo testimonio de la veneracion, con que amaba, y adoraba à este Siervo del Altísimo, hizo que antes que este muriesse (porque no avia entonces el Decreto de *non Cultu*) le retratasen con Laureola, ó Diadema de Santo, en vno de los paños, ó tapizes de la Colgadura, que dexò para la Capilla Mayor de la Iglesia de su Convento. Este paño, con la Pintura del Santo hecha diestramente de agu-

ja, se conserva oy; y al tiempo de su Canonizacion se llevó à Roma, para sacar por él su Retrato; que es el que corre con opinion de *Veræ Effigies*. No pudo llegar à mas la estimacion, que de su virtud hizo el piadoso Arzobispo; y si no estuviere tan asegurada la fama de su Religion, y prudencia, pudiera con razon pensarse, que el arrebatado de su piedad avia deslizado en ligereza de devocion. Pero quando la virtud heroica de los Sugetos, que así se veneran, excede sin termino las medidas comunes, laudables son; y prudentes las singulares demostraciones, con que se testifica la estimacion, que se merecen. El Principe de los Philosophos, avicendo reconocido en su Maestro la verdadera Idea del hombre Sabio, le consagrò vn Altar con su Estatua, incensandola todos los dias con perfume de flores, gravado en ella este titulo: *Este es el Sabio, à quien todos deben venerar, y imitar*. Con mas razon, quanto va de lo Christiano à lo Filósofo, nuestro Ilustrísimo Principe consagrò à la Santidad de S. Diego, como à Sabio Celestial, su Imagen, ceñida de diadema de glorias; para que desde aquel punto reconociesen todos en ella la idea de vna santidad heroica, para el culto, y la imitacion.

En este Convento de Santa Marta de Jesus de Alcalá vivió S. Diego algunos años, desde que entrò en él, hasta su dicha muerte. Estos años, empero, no pudieron ser casi treze, como dixeron nuestros Lisboa, y Cetina: porque aviendo muerto el Santo año de mil quatrocientos y sesenta y tres; como es fuera de duda entre todos los Historiadores; y no aviendose dado principio à la Fundacion de aquel Convento hasta el año de mil quatrocientos y cinquenta y tres, como consta de todos los Instrumentos Originales de su Fundacion; no pudo vivir en él S. Diego, à lo summo, mas que diez

años;

años; y esto se entiende, dando; que saliesse de la Salzeda, no el año de mil quatrocientos y cinquenta y seis, en que concludo el Convento, se entregò à la Orden; sino el de mil quatrocientos y cinquenta y tres, en que se tratò de dár principio à la Fabrica. Pero como quiera que sea, lo cierto es; que en el Convento de Santa Maria de Jesus de Alcalá, resplandeció la Santidad de San Diego; como vn Sol en medio día; con tanto lleno de virtudes, y prodigios; que no será facil ceñir en la relacion de muchos siglos, lo que allí obrò el Santo, en el espacio de pocos años: segun se dexará conocer, por lo que resta dezir en los Capítulos siguientes.

**CAPITULO XII.**  
**EXERCITA S. DIEGO EN EL CONVENTO DE ALCALÁ EL OFICIO DE HORTELANO: Planta la Vid de sus milagrosas huvas; y se aplica con estraño rigor à los exercicios penales; hasta arrojarle à vn eslanque el no estando, en defensa de su castidad.**

**I**ntroducida la Vida Regular en el nuevo Convento de Santa Maria de Jesus de Alcalá; y distribuidos entre los Frayles los oficios de Comunidad; dieron à San Diego el de Hortelano; porque aunque ya se hallaba en edad muy adelantada; tanto, que contaba en aquella fazon largos sesenta años: sus fuerças, à causa de su robusta complexion, eran bastantes; y las valentías de su espíritu; mayores que sus fuerças. En este exercicio de Hortelano, para darle entero cobro, cultivaba dos tierras aun tiempo; la material de la Huerta, para el sustento de los Religiosos; y la mystica de su cuerpo, para el incremento de las virtudes. En vno, y otro cultivo dexò de sí à la posteridad insignes memorias:

En la Huerta plantò la célebre, y prodigiosa Vid, ó Parra; que, por mas de dos siglos, y medio, se conservò con la misma lozania, y fecundidad, que tuvo en sus primeros verdores; y oy se mantiene en sus renuevos. Plantò la el Santo, y regòla: pero Dios le diò el incremento; de modo, que sus huvas, aunque menos regaladas para el gusto que hermosas para la vista; se apeteçen de todos; con ansia, por lo milagroso de su virtud medicinal: teniendose por dichosos, los que en la reparticion de ellas logran algun razi-mo. Distribuyense communmente, no mas que entre los Reyes, Principes, y especialísimos Bienhechores del Convento; porque, aunque son innumerables los acreedores, à quienes se deban, y los devotos, que las solicitan; no alcanzan à todos. Comenlas los enfermos, con mucha fee en los meritos de S. Diego; y à esta causa, han sido muchos, los que en ellas han hallado para sus dolencias eficaz medicina. Pero se ha observado, que con ser así, que se facian de esta Parra muchas plantas para otras partes; y que en todas prevaleçen; llevando la misma especie de huvas; la virtud milagrosa de sanar enfermedades, solo en las huvas del Convento de Alcalá se experimental; y por esto, solas ellas son las que se veneran, y se buscan. Guardase esta Parra con gran veneracion en vn pedazo de la Huerta, bien murado; que es, lo que llaman *Huerto de San Diego*; donde no se concede facil entrada à qualquiera; aun de los mismos Religiosos. Para mayor veneracion de este sitio, ay levantadas en él tres devotas Hermitas; vna, consagrada à N. S. P. S. Francisco: otra, al Principe de los Angeles San Miguel; y otra, à MARIA Santísima Señora nuestra; que es la Hermita, que arriba dixè aver fabricado el Ilustrísimo Carrillo, para que el Siervo de Dios en ella se retirasse à sus

retiros de su exerci-

ejercicios devotos. En esta se venera vna pequeña Imagen de la misma Virgen MARIA; con quien, se dize, tuvo San Diego devoción muy especial: y en memoria de esto, todos los años, quando se celebra la Fiesta del Santo, se lleva à su Capilla esta Santa Imagen, con vna Procecion de gran regocijo; à que asiste la Musica de la Capilla Real, con la de las Señoras Descalças de Madrid. Colocada en el Altar del mismo Santo la Imagen, se canta vna Salve, y Letania solemniísima: y concludida la Fiesta, los Religiosos la buelven à la Hermita del Huerto, con la misma celebridad, que la traxeron. Tambien se venera en el mismo Huerto, junto à la taza de la fuente, que le riega, vna planta de la misma Zarza, en que se arrojò N. Serafico P. S. Francisco: la qual echa todos sus vantageos dearmados de las espinas, dexandose perceber del tacto, con suavidad poco inferior à la de la seda; como yo lo experimentè muchas vezes; y lo experimentan, todos los que gustan de tocarla; no sin especial admiracion, y ternura. Con tantos despertadores de la devocion, y piedad Christiana se acompaña, para que dignamente se conserve, y se venera, la Parra de las huvas de San Diego. Aqui debemos notar en obsequio de la caridad, y misericordia del Siervo de Dios; que en todos los Conventos donde hizo alguna mansion, dexò vn perpetuo seminario de remedios para las enfermedades de sus devotos. En el Andalucia en el Convento de la Arrizafa, dexò el Naranjo: en las Canarias en el Convento de Fuerteventura, la Palma; en la Italia, en el de Ara-Coeli de Roma, el Algive; en nuestra Castilla en el Convento de la Salzedra, la Fuente; y en el de Alcalá, la Parra, que acabamos de referir. Era vn ambar prodigioso su caridad; que donde se detenia, alli dexaba el olor de su virtud, y la virtud de su olor.

En el cultivo de su cuerpo, por estos mismos tiempos, dexò recuerdos aun mas milagrosos; porque para que no prevaleciesen las pasiones, desahogadas en malezas de vicios, castigaba horriblemente su carne con todo genero de penales mortificaciones. Cosa es notable, y digna de reflexion para nuestra cautela, el conflicto que en aquella edad, casi septuagenaria, padeciò la castidad del Santo, combatida cruelissimamente de la sensualidad; aviendo se esta avivado à malignos soplos del espiritu lascivo. Antes, empero, de referir el suceso (para que se vea mas claro todo el fondo de la tentacion) es menester advertir las circunstancias siguientes. Que la vida del Santo, desde sus primeros años, como consta de esta Historia, toda fue Cruz, y mortificacion; aviendo tomado tan à pechos el castigo de su cuerpo, que siempre le tratò como vil esclavo; domellandole, sin treguas, debaxo del azote, para que no se revelase contra el espiritu. Que sus ojos mortificados, nunca violaron el pacto, que hizo con ellos, de no dar entrada por la vista à pensamientos de menos pureza. Que su retiro de criaturas, le hizo peregrinar en el mundo; de modo, que viviendo siempre de passo en el, y de asiento en los Cielos; solo en ellos era su conversacion. Que su tiempo le tenia continuamente tan lleno de fantasmas obras, que jamás la ociosidad encontró resquicio, para entrarfele al alma; ni el Demonio dexò de hallarle ocupado, siempre que le buscò, para perderle. Finalmente, que su edad, nevada ya con las canas, andaba tan adelante, que (como dixè) casi pisaba la raya de los setenta años; tiempo, en que no fuele tener que dar otra cosa la naturaleza, sino trabajo, y dolor. En medio, pues, de tales, y tantas circunstancias; de las quales cada vna por si sola parecia de invencible valor, para tener su-

pri-

primidos todos los bríos de la sensualidad: el Santo los sintió en su carne, tan desenfrenados, y rebeldes, quanto jamas los avia experimentado. O inextinguible tizon del infierno! O impurissimo fomes, encendido; y embuelto, tanto en fuego, como en humo! Quanto erès para temido; pues à manera del fuego Griego, con traidora llama, ardes tanto; y tan presto en la nieve, como en la yesca!

No quiso Dios eximir à su Siervo, aunque tan Angel, de las molestias, y rebeldias de la carne sensual; para que tentado en todas las cosas; sin deslizarfe al pecado; añadièse piedras de merecimientos à la Corona de su gloria: y tambien, para que al modo que el lino de Amianto aumentà el candor en la llama: asi S. Diego aumentasse candores de pureza, entre las negras llamas de la tentacion impura. Viendo se, pues, nuestro Santo acometido de ella con arrebatò tan fuerte; puso en arma todas sus potencias, y sentidos; echando mano de los medios mas eficaces, que le tenia enseñados la luz Divina, para triunfar assecuradamente de tentacion tan peligrosa. Assaltòse esta en la Hermita de su Huerta, en vna noche de las mas erizadas del Ivierno; y con el primer arrebatò del espiritu, como tenia tan à mano el estanque, se arrojò desnudo à sus eladas aguas. En ellas perseverò con los ojos, y el corazon en el Cielo, hasta que los ardores de la sensualidad apagados, y sumergidos en la liquida frialdad de los cristales, le cedièron la victoria; saliendo su pureza, de entre los yelos de las aguas, mas cristalina. Fuera de esta horrible mortificacion, que solia repetir en los arrebatos de los mayores aprietos (porque le durò bastante tiempo el conflicto) se rasgaba todas las carnes con cruelissimos azotes; de modo que entonces su sangre venia à tierra, y à no era riego; sino balsa. A

esto se seguitan mas inhumanos los castigos; mas desapiadados los ayunos; mas prolongadas las viglias.

Pero conociendo, que si à la mortificacion activa de la carne, no acompaña la pasiva de los sentidos, quitandoles el fomento de los objetos delectables; fuele que darse todo en estrepito desvanecido; como estruendo de artilleria sin bala; doblò las guardas à sus sentidos; principalmente à sus ojos: y se abstraxò, quanto le fue posible, del trato de aquellas piadosas mugeres, que llevadas de la fama de su virtud, le buscaban; para remedio, y consuelo de sus necesidades. Sobrè estas mortificaciones de la carne, y de los sentidos, añadia con dictamen de su humildad, la desconfianza de si mismo; juzgando sencillamente, que de si, y por si, no solo no tenia suficiencia, para vencer vn tan poderoso enemigo, qual es la sensualidad; pero ni aun para formar vn buen pensamiento, conducente à la vida eterna. De esta sanra desconfianza, y de los demás actos de su profunda humildad, à que en los tiempos de esta tentacion se aplicaba con mas conato: eran consecuencia casi necessaria, los triunfos de su pureza; porque al modo que sigue la luz al Sol; el candor à la luz; y el esplendor al candor: asi la castidad sigue à la humildad, Humilde de corazon, y no casto en el cuerpo, son en la logica de la Gracia, y en doctrina de S. Gregorio, terminos repugnantes: como Soberbio, y Sensual, terminos consiguientes.

Por vltimo, persuadido S. Diego, como verdadero Catholico, que sin el auxilio de la Divina gracia ningunas humanas diligencias bastaban, para la victoria de la carne rebelde; pero que con esse soberano favor podia la fragilidad hazerfe invencible contra el enemigo mas poderoso: era su oracion incessante, pidiendo à la Divina Misericordia, le concediesse este auxilio: para

cuya

*Gregor humil-  
litas casti-  
datis servan-  
da est modestia  
in castitate  
Si enim spiritus  
pau sub  
Duo prami-  
tur, casto illi-  
tice iura sp-  
ritum non le-  
vaturus est  
tra. Gregor.  
26. Moral. 12.  
Videatur pro  
terea Alapide  
in Epist. ad  
Rom. l. v. 24.*